



IMP. SIMON RAÇON.

EL P. LACORDAIRE

## CAPÍTULO XXV.

Aspecto religioso de la Francia. — Treinta años atrás. — Fisonomía actual. — Venció el catolicismo. — ¿Será decisiva su victoria? — Venció combatiendo. — Su ruina fué preparada por la opresion y su victoria por la libertad. — Frutos del triunfo. — Libertad de enseñanza. — Libertad de asociacion. — Este triunfo se hizo sentir en las cámaras legislativas y en el pueblo. — Pero sus enemigos trabajan. — Armas indignas. — Ojeada sobre los autores de estas.

Nada hay sobre la tierra que revele con tanta precision la impotencia del hombre para triunfar de las obras de Dios como el éxito de sus proyectos desbaratados, de sus planes deshechos y de sus esfuerzos rotos, sin haber conseguido otro resultado decisivo que demostrar mas y mas la verdad de la voz eterna, que decía: «Formaron planes insensatos contra Dios; el Señor los vió, y los deshizo con su soplo.» La historia de todas las persecuciones de la Iglesia es por eso la historia de sus triunfos, y la mas brillante apologia de su divinidad son las armas de sus enemigos amontonadas á sus piés. Jamas creyeron los *espíritus fuertes* haber derribado sobre la Iglesia golpes tan duros y ciertos como cuando suprimian en Francia el culto de Dios, prohibian el ejercicio de la fe, y exterminaban con el puñal y la guillotina sus ministros. Estos hechos no son de la época de los emperadores romanos, no; los han visto muchos de los que viven aun, y sus efectos duran y se sienten todavía. Ninguna página se registra en la historia moderna de los pueblos tan sombría como esta; y sin embargo, ¿de qué aprovechó ese furor que embriagaba á una plebe alucinada? ¿de qué las



sangrientas tragedias que salpican la historia de la revolucion francesa, y cuyas víctimas eran obispos, dignidades, sacerdotes y monjes? La sucesion de los hechos responde con harta elocuencia y energía. La impiedad pudo jactarse de su obra, pero su gloria fué efimera; veréis primero perseguida la fe, reducidos á cenizas los monasterios, profanados y vendidos los templos; veréis despues restablecido el culto, pero esclava la Iglesia, despreciados sus ministros, envilecidos sus fieles servidores, y confundidos y pisoteados como el polvo todos sus derechos, sin exceptuar los mas augustos y sacrosantos de su dogma. Pero la humillacion no pudo mas que el exterminio, ni las cadenas con que insensatamente se quiso atar el brazo de Dios valieron tampoco mas que las voraces llamas para destruir su obra por excelencia. Recorred la Francia, y veréis cuánto pudo la impiedad en medio siglo de exaltacion furiosa ó de indiferencia y menosprecio; veréis trasformados en cuarteles de tropa los monasterios de religiosos, en plazas y caminos los conventos de monjas, en teatros y conservatorios muchos de los templos que perdonó el fuego; veréis degradadas las mas bellas catedrales por el furor impío que estampara su mano temeraria sobre valientes producciones del primor artístico; y veréis, en fin, como consecuencia de estos estragos que sufrió la Religion en el seno de un pueblo cuya mayoría inmensa se preció de cristianísima, una raza de hombres que nada creen y burlan en su interior la fe de los demas. Ved ahí todo lo que encontraréis despues de un trabajo tan obstinado, tan atrevido y empeñado por sus autores y afiliados con ahinco indescribible. Pero mirad á la vez el espectáculo que ofrece hoy esa misma fe; hoy, repetimos, cuando apénas ha salido de la persecucion encarnizada con que pensaban exterminarla sus enemigos declarados, y de la opresion humillante á que la sometieron sus adversarios secretos.

Quien haya recorrido las provincias de Francia habrá tenido ocasion de contemplar la fisonomía que en ellas ofrece

el catolicismo; habrá visto las antiguas catedrales que se restauran, los nuevos templos que se dedican, y los monasterios que se fundan al lado de los sitios donde existian los que arruinó la revolucion. Pero aun mas todavía: habrá visto á ese clero cuya influencia no mucho ántes era combatida sin cesar por los políticos, á ese clero contra quien dia por dia empleaban los escritores *de moda* los apodos mas viles y las diatribas mas calumniosas; á ese mismo clero, repetimos, aparecer hoy mas animado, mas vivo y mas intrépido que jamas. Todos los hombres que sucesivamente toman las riendas de la administracion pública procuran su apoyo y trabajan por ganar sus simpatías; todos le muestran el respeto que merecen sus virtudes, su ciencia y el celo por la Religion que le distingue sobre todas sus nobles cualidades, y todos se disputan el honor de apoyar su influencia como garantía del bienestar general, y de remover las preocupaciones creadas contra él por sus enemigos, como injustas é hijas del interes mas vil y despreciable. Él habia sido atado por cadenas fuertes que ponian trabas á su accion, y estas cadenas se cortan; él estaba sometido á la inspeccion inmediata del poder lego en las funciones augustas de su ministerio santo, y se le emancipa; él no tenia libertad para alzar su voz y enseñar las ciencias y la doctrina que forman una parte muy principal de la mision que se le confió, y este derecho se le restituye. Los fieles corren á poner sus hijos á disposicion de los obispos para que dirijan su educacion, y los colegios abiertos por el clero, aunque muy numerosos, no son suficientes para contener el número crecido de los que solicitan recibir en ellos su educacion científica. La intolerancia de los que viven de preocupaciones no podia sufrir la vista de un religioso, ni aun en los campos de las provincias mas remotas: contra ellos se despertaban las viejas susceptibilidades nacidas durante la revolucion, y se esparcian rumores despreciables que no pueden encontrar eco sino en almas innobles ó en espíritus imbéciles; pero ved cómo aparecen



de nuevo esos monjes, no en los campos sino en las ciudades mas populosas del imperio, no en los desiertos ni en las entrañas de los montes, que les sirvieron de refugio durante la persecucion, sino en los púlpitos de las grandes catedrales y en las cátedras de los colegios y de los seminarios. Esos religiosos, objeto particular de ira y menosprecio para los racionalistas, salen uno por uno del abismo en que sus enemigos creian haberles confundido para siempre, y marchan con paso firme, pero modesto, á conquistar las almas que sublevó contra Dios el genio del mal. Mirad los Jesuitas refutando en todas partes las calumnias de sus enemigos con su celo, su paciencia y su caridad; mirad los Benedictinos caminando por la luminosa senda que describe su instituto en los anales de todas las ciencias; mirad á los sucesores de san Bernardo mas numerosos y austeros hoy todavía que lo fueron en la Trapa de Rancé; mirad los Dominicanos restablecidos por un hombre « que fué religioso santo ántes de ser orador admirable, » restaurando con sus tareas el esplendor glorioso de que les vistieron en Francia la ciencia y las virtudes de sus ilustres progenitores; y mirad á los Capuchinos, cuya humildad y pobreza excita la simpatía y admiracion de todos. ¡ Ved los monjes en el suelo de Francia! Preguntad: ¿ Qué hacen? una muchedumbre, asombrada de sus trabajos y reconocida á sus beneficios, os responderá: « Entrad en las cárceles y en los presidios, y los veréis regenerando el corazon de los malhechores; atravesad los campos, y encontraréis que sus trabajos para alimentar al pobre exceden al de los jornaleros mas aventajados; acercaos á los púlpitos, y oiréis la elocuencia de algunos que igualan á los mas célebres oradores; rodead los confesonarios, y veréis la multitud de hombres y mujeres que se agolpan para desahogar sus conciencias, ilustrar sus almas y tranquilizar sus corazones. » Esta es la respuesta mas categórica que puede darse, y la victoria mas espléndida que los regulares pueden alcanzar en la batalla que dia por dia les

libra el orgullo de los racionalistas y la necia presuncion de los incrédulos.

Colocad ahora al lado de estos batallones aguerridos de la Iglesia las congregaciones de mujeres que, semejantes á un ejército innumerable, se derraman por todas las provincias; y despues de llenar hasta en el rincon mas escondido de la patria el ministerio celestial de la caridad, atraviesan los mares y van á distribuir los mismos beneficios en Asia, África y América. ¡ Ah, cuántas veces me ha sucedido encontrar al lado del viejo monasterio trasformado en cuartel uno nuevo que se levanta; al costado del templo convertido en museo una casa de asilo abierta por religiosas, y sobre el sitio que contuvo una iglesia servida por regulares, construida una nueva donde predicán sacerdotes regulares tambien! Este es el espectáculo que ofrecen todas las ciudades de Francia desde Burdeos hasta Besanzon, y desde el Havre hasta Marsella. Penetrad ahora dentro de esos templos que pocos años há se veían desiertos, y los encontraréis llenos durante los oficios; esa multitud que los invade no viene por cierto á profanar sus misterios como en otras ocasiones, sino á tributar los homenajes humildes que le inspiran su fe y sus convicciones. Una juventud ilustrada sale presurosa de la universidad y de las academias, de los conservatorios y colegios, para llenar las naves que el célebre Lacordaire y el fervoroso Ravignan hacen resonar combatiendo con voz elocuente los frios argumentos del escepticismo y las frívolas razones de la falsa filosofía. Por todas partes se asocian esos mismos jóvenes para practicar sus deberes religiosos, animándose mutuamente con el ejemplo, y para propagar entre los demas el espíritu católico, tan susceptible de recibir las impresiones pálidas de la tibieza, y las mas sombrías aun de la relajacion. Cuando la Religion se vea sometida á nuevas pruebas, cuando en Francia la Iglesia de Jesucristo tenga que arrostrar nuevos sacrificios, de estos círculos saldrán los soldados aguerridos que



derramarán luz, constancia y valor en los inmensos grupos de afiliados que el catolicismo se ha conquistado y conquista cada día en la juventud. « Entrad en el interior de las casas, y notaréis que pasó el tiempo en que el respeto humano reinaba despóticamente, no ya tan solo en los lugares públicos y en los salones de las tertulias, sino en el seno de las familias; allá cuando una madre ó una esposa cristiana apenas se atrevía á reclamar para sí el derecho de libertad para ser buen católico, dejando para la hora de su muerte ó para el acto de leer su testamento recordar á sus hijos y á su esposo que ellos también lo eran, y como tales tenían deberes que llenar. Este estado de cosas puede existir todavía en ciertos círculos sociales y en las reuniones y familias de ciertos individuos cuyos ojos aun no dispiertan; pero yo aseguro que en una infinidad de familias aquel estado de cosas no es conocido ya hoy sino por la tradición. Preguntad á nuestras madres y á nuestras abuelas lo que sucedía en su tiempo, y las oiréis maravillarse de la facilidad con que sus hijos y nietos cumplen sus obligaciones religiosas, y llenan las prácticas que inspira la piedad que mamaron con la leche y sus padres olvidaron (1). » Así discurre un espíritu despreocupado y que observa paso á paso los movimientos sociales de la Francia con el tino del político y la prudencia del cristiano.

¡Ved ahí, podemos exclamar, la verdadera revolución que hemos visto realizarse en nuestros días, y cuyo influjo han de sentir todos los hombres que están en contacto con la Francia! Revolución santa, revolución regeneradora y la única que puede hacer grandes y felices á los pueblos. Ningun espectáculo puede llenar como este los deseos del corazón católico, ni ninguno lleva en sí síntomas tan hermosos, tan especiales y tan consoladores. Es esta la gran victoria de la fe en los tiempos modernos, victoria que ciertamente no

(1) *Des intérêts catholiques.* (M. de Montalembert.)

da el poder, no los consejos, ni la sabiduría humana, sino la fuerza irresistible que inspirara Dios á su obra perpetuamente.

¿Mas será acaso decisiva esta victoria? Nadie podrá asegurarlo, siendo, como es, de luchas y combates la vida de la Religión. La herencia que dejó Dios á su Iglesia fué la persecución, y triunfar de esta perpetuamente la marca celestial y divina que le imprimió. Á nadie se oculta existir, en Francia sobre todo, tantos elementos aglomerados por la herejía y la incredulidad para combatir la fe; mas el catolicismo triunfará siempre, combatiendo hoy con el mismo vigor que ayer y el último día de los tiempos con igual fuerza que en el primer momento de su existencia. Las sociedades humanas caen gastadas por los siglos, aun cuando hayan sido siempre respetadas por el hombre; las invenciones de estos mismos, á pesar que cuenten con el apoyo y con las simpatías del poder, se gastan y caen también después de haber recorrido un período mas ó ménos extendido; mas las obras de Dios llevan en sí mismas el sello de la eternidad. Desafián las borrascas, resistirán todos los choques, triunfarán de todos los combates y permanecerán vivas y en pie eternamente como símbolos de la duración infinita de su Autor.

El catolicismo triunfó combatiendo, hemos dicho, y en Francia como en todas partes vivirá siempre combatiendo. Su persecución fué preparada por la esclavitud á que se le sometió por un poder que todo lo quería; y orgulloso de su grandeza se empeñaba por extenderlo, traspasando límites que le son vedados. Esa Religión muda que, semejante al prisionero sumido en un calabozo, ni levanta su voz para vindicar sus derechos, ni hace sentir su fuerza para manifestar que vive, es la circunstancia mas favorable que pueden desear los que combaten la fe, como que la presentan atada y semejante al esclavo puesto á merced de su tirano. Este era el espectáculo que ofrecía en Francia la Iglesia ántes de la gran revolución, y el que ofreció



despues durante el imperio y la restauracion. Pero la Religion, conmovida como la nave por recias tempestades, conoce que en la libertad está su triunfo, y trabaja con celo y redobla sus esfuerzos hasta conseguirla. Cuando ella salió de un vergonzoso pupilaje, cuando pudo gritar con libertad reclamando sus derechos ultrajados, su majestad vilipendiada, su jurisdiccion desconocida, entónces se la vió, llena de vida, entrar á obrar con la conciencia de su propia dignidad. Los frutos siguieron al triunfo, como que eran su resultado natural; la Religion jamas combate en vano, ni entra á medir sus fuerzas con sus enemigos, sino cuando median intereses preciosos que no puede abandonar sin hacerse criminal. Estos intereses son los de la fe, nobles y preciosos para quien conoce su valor infinito.

La libertad de enseñanza, ó, hablando con mas propiedad, la cesacion del monopolio universitario, ved ahí el primer triunfo de esa Iglesia libre y que combate. La universidad de Francia no enseñando ni practicando religion alguna, y dirigiendo á la vez la instruccion científica de la juventud, formaba una generacion sin fe y en esta la base de los males políticos que sufrirá la Francia todo el tiempo que duren aun los efectos de aquel mal. « Esta es la fuente, exclamaba un político, donde las generaciones venideras beberán el veneno que seca hasta su raíz la disposicion natural que existe en el hombre para servir y adorar á Dios. » ; Con cuánta energía combatió la Iglesia aquel monopolio, verdadero abuso, usurpacion monstruosa del derecho que tiene cada ciudadano para buscar su instruccion donde encuentre las simpatías de su conciencia y de su fe ! Oigamos á uno de los obispos y apreciemos su voz enérgica como el sentimiento de todo el episcopado frances : « Parece increíble que despues de tantas demostraciones actuales, flagrantes é incomparables por su fuerza y su evidencia del espíritu anticristiano y anticatólico que inspira la universidad á sus alumnos, se vean forzados millones de padres católicos

á conducir sus hijos á esta fuente, donde sacarán doctrinas directamente contrarias á su fe. No temo decir que esta prueba, aunque exenta de las violencias exteriores de la persecucion declarada, es la mas peligrosa y la mas terrible á que fueron sometidos jamas los miembros de la verdadera Iglesia (1). » Voces tan elocuentes y tan celosas tenian eco en toda la nacion; la universidad perdió su injusto monopolio, y esta vindicacion de un derecho consignado, aunque ilusoriamente, en la constitucion del Estado, fué el primer fruto del triunfo de la fe. Comparad lo que sucedia en la calle de las Bellas Artes de Paris en 1830, cuando la voz imponente de un comisario de policia ordenaba retirarse á los alumnos de un colegio abierto por tres jóvenes de inmenso porvenir invocando las garantías constitucionales (N); comparad lo que pasaba entónces mismo cuando estos jóvenes eran condenados como trasgresores de la ley, con lo que pasa hoy cuando los colegios de los obispos y de los Jesuitas, de los Benedictinos y Oratorianos no pueden recibir todos los alumnos que concurren. Ese mismo Lacordaire, que era entónces arrastrado á juicio con Montalembert y de Coux, cuenta hoy mas de mil alumnos en sus grandes colegios de Oullins y de Sorèze, dirigidos por individuos de una órden fundada por él mismo.

Ni triunfó ménos la libertad de asociacion: digan lo que quieran los enemigos del monacato, los derechos del hombre ni son ménos sagrados, ni están ménos garantidos cuando el ciudadano se asocia para llenar deberes religiosos, que cuando se reune para discutir cuestiones de política, ó para impulsar negocios de especulacion. La libertad bien entendida consagra en todas partes la asociacion de los corazones y de las conciencias para la oracion, para el ejercicio de la caridad y demas virtudes; y de esta libertad depende principalmente el progreso social. Algunos de los liberales de nuestro siglo no lo entendieron así: reclamaron la libertad

(1) *L. tre publique du 22 mai 1843.* (Mgr de Chartres.)



para organizar sus sociedades políticas, la reclamaron aun para que no se les inquietase en el desarrollo de sus planes, abiertamente contrarios á las instituciones de orden; mas cuando hubieron llegado al poder, objeto verdadero de sus planes, contradiciendo todos sus antiguos principios y condenando con hechos lo que habian sostenido de palabra, prohibieron las asociaciones pacíficas, en cuyo seno mil ciudadanos reunidos discutian empresas de utilidad general y de interes moral. Estas contradicciones flagrantes las ha presenciado todo el mundo, en los países donde llegó la anarquía á ser gobierno; y no nos tomaremos por eso el trabajo de puntualizar los lugares ni los hechos. Quien quiera leer su larga y molesta cronología, registre la historia de Francia, de España, del Piamonte, de Suiza y de la Nueva Granada, y la encontrará tan monstruosa como es el despotismo, y tan repugnante como fué siempre la arbitrariedad. Pero en Francia no tardó la Iglesia en conquistar para sus fieles el derecho de asociacion, del mismo modo que ganó el de libertad para enseñar. Mirad el fruto de su tarea, que colma la medida y aventaja las esperanzas mas lisonjeras; mirad cómo desde las grandes capitales de provincia hasta los pueblos mas pequeños de la campaña, todas las ciudades y todas las villas tienen sus asociaciones de caridad, sus cofradías devotas, sus congregaciones, y los fieles se reúnen para tratar sus verdaderos intereses, con la misma libertad que los pretendidos liberales salieron un día de sus asambleas para disolverlas, corriendo á puñaladas á los asociados en Paris, Nancy, Ruan y en otros puntos de la Francia. Ardua tarea se propondria quien emprendiese numerar todas las congregaciones que existen en Francia, instituidas por la caridad, sostenidas por la fe y movidas por esa voluntad noble y generosa que produce en el hombre el deseo de llenar su mision mas sagrada sobre la tierra: la de hacer bien (1). La infancia, la adolescen-

(1) Quien desee saber el número y objeto de estas asociaciones, consulte la obra *Manuel des œuvres et institutions de charité de Paris*.

cia, la juventud, la ancianidad y la decrepita vejez, que sufren los achaques que les son especiales, son el objeto de esas asociaciones grandes y pequeñas, y en las que un número increíble de afiliados no se propone otro interes ni otro provecho que hacer bien. Los efectos que producen sobre las clases menesterosas todas estas instituciones son su mejor y mas estimable garantía.

Pero los triunfos de la Religion, como victorias de la verdad que nunca permanece ócultas, porque su centro es lo visible y su elemento la luz, debian ostentarse en todos los rangos del poder social de Francia; y la fuerza que adquirió la fe con la libertad que se conquistó, debia sentirse en los bancos mismos de las asambleas elegidas por los que ménos garantías parecian darle. ¡Un monje aclamado miembro de la Constituyente por los republicanos de Paris! ved ahí una prueba del terreno que la Religion habia ganado ya en 1848. Este mismo monje habia dicho á la inmensa multitud que oía sus conferencias en Nuestra Señora de Paris: « En el siglo diez y ocho se atacó á la Religion con la risa y el menosprecio. La risa pasó de los filósofos á los cortesanos y de las academias á los salones; no se detuvo en estos, sino que, avanzando siempre, llegó á tocar las escalas del trono; apareció sobre los labios del sacerdote, y tomó asiento en el santuario del lugar doméstico entre la madre y sus hijos. ¿Y de qué se reian todos estos? ¿de qué se reian? ¡gran Dios! ¡de Jesucristo y del Evangelio!.... Pero la Francia traicionaba entónces su historia eminentemente cristiana (1). » Esta era una verdad: ese mismo monje que habria sido burlado con risas picantes y corrido por una chusma impía en el siglo diez y ocho, era proclamado á la mitad del diez y nueve representante por ese mismo pueblo; y vestido de su hábito humilde tomaba asiento entre los diputados á la Constituyente. ¡Y quién era tan digno de llenar esta mision

(1) *Conférences*. (Lacordaire.)



como el que con la elocuencia que le caracteriza: «Mientras que una sola alma justa, habia dicho, quede que pueda abrir sus labios sin temor, estará inquieto el despotismo, y se agitará sospechando que la eternidad conspira contra él (1).»

Mas quedan aun enemigos á la fe, y trabajan por ganarle el terreno que se conquistó. Día por día vemos aparecer tantas producciones inmorales, impías, calumniosas y calculadas para causar mal, no al que con juicio claro y entendimiento instruido llame los principios y los hechos que allí se citan, ante el tribunal de la historia y de la sana filosofía, no para el que con calma echa mano del conocimiento del hombre que dan la experiencia y la instruccion, y no mil veces para el que poseido radicalmente de los dogmas y deberes del cristiano encuentra en su conciencia viva y radiante la antorcha que le señala los vicios de que adolecen aquellas producciones miserables. Son las armas que hieren solo á los incautos que encuentran halagadas sus pasiones, servidos sus intereses y espedido para ellos un porvenir semejante á los soñados *Eliseos* que abrian los paganos para las almas de sus justos. Nada de discusion, nada de controversia científica, nada de deducciones filosóficas encontraréis en ellas; la ciencia tenebrosa, el ateísmo inmoral, la filosofía de los sentidos personificados en folletines y en historietas como las de Dumas y de Sue, que entretienen á personas inexpertas y pervierten á individuos sin cautela, ved las armas mas indignas y ménos nobles que puede manejar un campeón valiente para defender sus opiniones y combatir las ajenas. Pero no hay que admirarse; preguntad: ¿Dónde están sus autores? Preguntadlo en Paris mismo, donde todos ellos moran. La respuesta nada os dirá que les sea favorable ni propio para inspirar confianza al que lee sus producciones.

(1) Oracion fúnebre de O'Connell. (Lacordaire.)

## CAPÍTULO XXVI.

Los efectos de la reaccion católica de Francia son de consecuencia universal. — Propagacion de la fe. — Los Jesuitas en las colonias francesas. — Sus misiones del Maduré, Madagascar y la gran China. — Los Lazaristas de Pekin. — Colegio de las Misiones extranjeras. — Mision de los Dominicos en África. — Misiones de las islas de la Oceania. — Número que asombra. — Los Hermanos de las escuelas cristianas. — Las mujeres asociadas á esta gran mision. — ¿Cómo la desempeñan? — Memorias de una monja. — ¿Qué puede responderse al argumento que arrojan todos estos hechos? — Conclusion.

Los efectos de una gran victoria obtenida por las armas ó por la diplomacia son ordinariamente cambiar el curso de la política de los gobiernos, ó trastornar la situacion de los Estados. Los triunfos de la fe son de otra naturaleza: victorias pacíficas no trastornan sino los corazones para purificarlos, ni cambian sus sentimientos mas que para enderezarlos; realizan trasformaciones, pero en el interior del hombre, allá donde las leyes no imperan, ni las armas intimidan, ni la política puede influir en el mas ligero de los movimientos. Esta victoria, la mas decisiva y noble que puede alcanzarse sobre el individuo, realizada en el corazon de la Francia, extiende su influjo y opera cambios admirables en todos los países y bajo todos los climas de la tierra. Para conocerlo, no necesitamos meditar mucho, ni fatigarnos para encontrar las obras que realiza y que todos admiran con entusiasmo: contemplemos esa empresa eminentemente católica de la Propagacion de la fe, recorramos